

á torrentes; continuó tan cerca de él cuando cayó por fin el desdichado, que animada de un repentino furor, le puso el pié sobre el pecho y le sego el cuello con el cuchillo que tenía preparado de antemano.

Habia llegado la hora de que el barrio de San Antonio iba á colgar hombres en vez de faroles, á fin de demostrar lo que él era y lo que podia hacer. El barrio de San Antonio sentia hervir la sangre en sus venas, y al mismo tiempo la sangre de la tiranía se congelaba en las escaleras de la Casa-ayuntamiento, en donde yacia el cuerpo del gobernador, se congelaba bajo el pié de Mme. Defarge, que habia sujetado con su pié el cadáver de la víctima para mutilarle con mayor facilidad.

—Bajad aquel farol, gritó el barrio de San Antonio despues de haber buscado un nuevo instrumento de suplicio, bajad aquel farol, porque hay que reemplazarle con un soldado que tenemos aquí.

El centinela se balanceó en el aire, y el oleaje continuó su marcha; aquellas amenazadoras y destructoras olas se agolpaban furiosamente, y nadie conocia su fuerza ni sospechaba su poder; era un oleaje ciego y sin remordimientos, un Océano implacable, del cual surgian inflexibles brazos, gritos de odio y de venganza y rostros de tal modo endurecidos por la miseria, que no hubiera podido adivinarla la más tierna compasion.

Entre aquellas cabezas en que, unida al furor palpataba la embriaguez del triunfo, veíanse catorce, divididas en dos grupos iguales, cuyas rígidas y pálidas facciones, faltas de expresion, contrastaban poderosamente con el exceso de vida que se desbordaba en torno suyo. Nunca el irritado Océano llevó sobre sus olas unos restos más memorables: siete prisioneros, cuya tumba acababa de romper la tempestad, aparecian sobre la multitud, desvanecidos y espantados, sin saber si habria llegado su última hora y si la alegría salvaje que inspiraba su liber-

tad era ó no la de los espíritus infernales. Detrás de ellos, siete cabezas que dominaban á las otras, siete cabezas cadavéricas, cuyos párpados esperaban para levantarse que sonase la hora del juicio supremo, siete rostros inmóviles, cuya expresion se hallaba suspendida y no destruida, como si sus ojos, cerrados un instante, debieran abrirse de nuevo y gritar sus lívidas bocas: «¡Tú eres quien ha hecho eso!»

Siete cabezas sangrientas, siete prisioneros llevados en triunfo, las llaves de las ocho torres de la ciudadela maldita, algunas esquelas, algunos recuerdos de antiguos prisioneros muertos de desesperacion hacia ya mucho tiempo, todo esto era lo que en 14 de Julio de 1789 escoltaba el barrio de San Antonio, cuyos ruidosos pasos repetia el eco.

¡Dios haga que la idea de Lucía Darnay sea equivocada; Dios haga que aquellos pasos, léjos de penetrar en su vida, se aparten de la pobre jóven; porque, furiosos y rápidos, todo lo destruyen en su camino, y sus huellas, nuevamente enrojecidas, pero no ya en el vino, se borran muy difícilmente!

CAPITULO XXII.

Sigue subiendo el oleaje.

Hacia apenas ocho dias que el arrabal de San Antonio, ébrio de alegría, endulzaba la amargura de su pan duro y negro y se consolaba de la exigüedad de su racion con sus fraternales abrazos, cuando volvemos á hallar á Mme. Defarge sentada enfrente de su mostrador y presidiendo, como de costumbre, el despacho de la taberna. No llevaba ninguna rosa en su prendido, porque la congregacion de los agentes de policia manifestaba hacia ocho dias una gran repugnancia en visitar los dominios del santo patrono: los faroles de sus estrechas y asque-

rosas calles se balanceaban de un modo que no era para ellos de muy buen augurio.

Mme. Defarge, sentada y con los brazos cruzados, se hallaba contemplando vagamente á la templada luz de la mañana, la tienda y la calle. En la una y en la otra veíanse varios grupos de desocupados, enflaquecidos y grasientos, pero en los cuales se reflejaba, más que su horrible miseria, el sentimiento de la fuerza. Un desgarrado gorro de algodón cubría la cabeza del más infeliz de aquellos desocupados, que sin duda alguna exclamaba: «Bien sé yo lo difícil que me es, á mí que llevo este andrajo, el conservar la vida en mis venas; pero, ¿sabeis lo fácil que me sería extinguirla en las vuestras?»

Cada uno de los desnudos y enflaquecidos brazos que más de una vez habian carecido de trabajo, sabia perfectamente que á falta de otra ocupacion tendria que matar; y los dedos de las calceteras habian adquirido la conviccion de que podian desgarrar. Una completa trasformacion se habia efectuado en el aspecto del arrabal de San Antonio: trabajaba sin descanso en su obra hacia ya algunos siglos, pero los últimos martillazos habian dado mayor expresion á la fisonomía del barrio. Mme. Defarge lo observaba con un sentimiento de aprobacion que procuraba contener, como era de rigor, en el caudillo de las mujeres de San Antonio. Una de sus colegas hacia calceta al lado suyo: era la gruesa y mofletuda esposa de un pobre lonjista, la madre de dos niños, y, en calidad de sustituto de la Taberna, habia ya alcanzado el lisonjero mote de la Venganza.

—¡Oye, escucha un momento! dijo el lonjista.

Semejante á un reguero de pólvora que, desde el opuesto extremo de San Antonio hubiera llegado á la puerta del tabernero y se hubiese inflamado de repente, oíase un sordo murmullo que, aumentando por segundos, llegaba desde los límites del barrio.

—Es Defarge, dijo la tabernera. ¡Silencio, patriotas!

Defarge entró completamente sofocado, se quitó su gorro colorado y miró en torno suyo.

—¡Prestadle atencion! gritó su mujer.

De pié y jadeante, destacábase sobre un fondo de miradas centellantes y abiertas bocas, agrupadas en la parte exterior de la puerta.

—¿Qué hay? preguntó la tabernera.

—Hay noticias del otro mundo.

—¿Del otro mundo? repitió Mme. Defarge con aire de desprecio.

—¿Hay alguno de vosotros que se acuerde del viejo Foulon, aquel miserable que dijo que si el pueblo tenia hambre podía comer yerba? Murió y fué en derechura al infierno, prosiguió Defarge.

Todos los circunstantes se acordaban de Foulon.

—Pues hemos tenido noticias tuyas.

—¿Noticias de un muerto? exclamaron todos.

—¡Pobres inocentes! Tenia tan fundados motivos para temernos, continuó el tabernero, que hizo creer en su muerte: se mandó hacer un magnífico entierro, pero la verdad es que vive todavía. Se le ha hallado en el campo, en donde se encontraba oculto; le han traído á París, y acabo de verle; ahora va á la Casa-ayuntamiento y allí le ajustarán perfectamente las cuentas. Razon tenia para temernos; ¿no os parece que tenia razon?

Viejo pecador de más de setenta años, si acaso hubiera ignorado lo que debía temer, lo hubiese sabido con certeza al oír las imprecaciones que sirvieron de respuesta á las palabras del tabernero.

Un profundo silencio sucedió á aquel tumulto. Defarge y su mujer se miraron uno á otro: la Venganza se bajó de su asiento, y oyóse el chirrido de un tambor que sacaba arrastrando de la parte inferior del mostrador.

—Patriotas, dijo el tabernero con voz potente: ¿estáis preparados?

En seguida Mme. Defarge colocó un cuchillo en su cintura: dejóse oír el redoble del tambor: la Venganza lanzó unos horribles gritos, y agitando los brazos por encima de la cabeza, comenzó á golpear furiosamente de puerta en puerta.

Los hombres, ardiendo en ira, se acercaron á las ventanas, cogieron sus armas y se lanzaron á la calle. Las mujeres, cuyo aspecto hubiera helado de espanto á los más atrevidos espectadores, dejaron las ocupaciones que aún les dejaba la pobreza: abandonaron á sus hijos, á sus achacosos padres y á sus enfermos, que descansaban desnudos y hambrientos sobre los destrozados ladrillos, y corrieron con los cabellos desgreñados, respirando ódio y venganza, lanzando gritos salvajes y aumentando incesantemente el delirio de las unas con el furor de las otras. «¡Hermana mia: el maldito Foulon está preso! ¡Hija mia: el infame, el pillo, el canalla Foulon está en nuestro poder!»

Corrían desgarrándose el pecho y arrancándose los cabellos. «¡Ese basilisco de Foulon vive todavía; ese Foulon que cree que el pueblo merece comer yerba; ese Foulon que me lo dijo á mí misma cuando yo no tenía pan para mi desgraciado padre! ¡Ese miserable Foulon que tuvo valor para decirme que mi pobrecito hijo podía mamar yerba, cuando yo no tenía leche que darle! ¡Ah, Dios mio! ¡ah, Virgen santísima! ¿por qué hemos de sufrir tanto? ¡Pobre hijo mio, muerto de hambre! ¡Pobre padre mio, que tanto sufriste en tu larguísima agonía: yo os juro aquí de rodillas sobre estas losas, que he de vengaros de ese Foulon! ¡Hombres: vosotros que sois nuestros maridos ó nuestros hermanos, dadnos la sangre de Foulon, dadnos su corazón, dadnos el cuerpo y el alma de ese mónstruo; hagámosle pedazos y abrámosle con nuestras uñas una tumba para que se harte en ella de yerba!»

Exaltadas hasta el último grado del delirio, giraban sobre sí mismas, rugiendo y destrozándose sus propias manos; algunas de ellas se desmayaron y hubieran muerto pisoteadas si los hombres no hubiesen acudido en su auxilio.

Sin embargo, no se perdió un minuto, ni un segundo. Foulon se hallaba en la Casa-ayuntamiento, y podía ser puesto en libertad... ¡Nó!, ¡nó! El barrio de San Antonio recordaba perfectamente lo que había sufrido por culpa suya, y los innumerables cargos que tenía que dirigirle.

La multitud, que se precipitaba violentamente, atraía hácia sí y con tal fuerza la hez del barrio, que en ménos de un cuarto de hora no quedó en el arrabal de San Antonio sino un corto número de personas enfermas y de niños de corta edad.

Aquel inmenso tropel llenaba ya el gran salon en que se hallaba el viejo Foulon y todas las calles próximas á la Casa-ayuntamiento. Defarge y su mujer, la Venganza y Jacobo tercero se habian colocado en primer término y á muy corta distancia del acusado.

—¿Le veis? exclamó Mme. Defarge señalando al antiguo funcionario con la punta de su cuchillo; ¡mirad, mirad á ese horrible mónstruo! Debíamos haberle hecho cargar con un gran manojito de yerba; ¡dádsela, dádsela, y que se la coma! Y al decir estas palabras sujetó su cuchillo debajo del brazo, y se puso á palmoear como si se hallase en el teatro.

Los hombres que se encontraban detrás de ella explicaron el motivo de su satisfaccion á las gentes que tenían detrás, y los aplausos resonaron de allí á poco hasta en las calles cercanas. De este modo y durante tres horas las palabras que la impaciencia arrancaba á Mme. Defarge llegaron á lo lejos con una rapidez maravillosa. Varios hombres encaramados sobre las esculturas exteriores, escudriñaban desde las ventanas todo cuanto ocurría en la

sala, y dominando la multitud, establecían una comunicación telegráfica entre la tabernera y las masas que poblaban las calles.

Un rayo de sol penetró en la sala, y cayendo directamente sobre la cabeza del anciano parecía querer protegerle. Semejante favor exasperó los ánimos terriblemente: la frágil barandilla, que por milagro permanecía aún en pie, fué hecha mil añicos en un momento, y el barrio de San Antonio se apoderó del prisionero.

Súpose en seguida por toda la multitud que llenaba y rodeaba el edificio, que Defarge había saltado la referida barandilla y atado fuertemente al desgraciado Foulon, y que Mme. Defarge había seguido á su marido y agarrado una de las cuerdas que ligaban al preso. Jacobo tercero y la Venganza no habían podido aún aproximarse, ni los hombres asomados á las ventanas habían logrado precipitarse en la sala, cuando los gritos de: «¡A la linterna! ¡A la linterna!» resonaron terriblemente por toda la ciudad.

Arrojáronle al suelo, arrastráronle por la escalera, ya sobre las rodillas, ya sobre las manos, la espalda ó el pecho. Golpearonle, ahogáronle, arrojáronle al rostro puñados de yerba y de paja. Jadeante y destrozado, con el rostro y las manos ensangrentados, suplicó y rogó; otras veces, levantábase haciendo un penoso esfuerzo, y luchaba lleno de desesperación. Por último, arrastrado como un leño en pós de millares de piernas, fué conducido hasta la esquina de la calle más inmediata, en cuyo sitio se balanceaba un farol. Una vez allí, Mme. Defarge le soltó, como hubiera podido hacer un gato con un raton, y le contempló á sangre fría en tanto que él procuraba moverla á compasión. Las mujeres le miraron y le llenaron de injurias, los hombres pidieron con horrible acento que muriese con la boca llena de yerba. Colgáronle y al poco rato se rompió la cuerda; alzáronle del suelo lan-

zando terribles gritos. Suspendiéronle de nuevo y volvió á romperse la cuerda; levantáronle otra vez en medio de los más espantosos ruidos. A la tercera tentativa, la cuerda se compadeció de él y le estranguló. Su cabeza fué colocada en el extremo de una pica, y la yerba le llenó suficientemente la boca para que á su aspecto quedase satisfecha la multitud y bailase con verdadero frenesí.

La terrible tarea de aquel día no había terminado aún. El barrio de San Antonio, á fuerza de baile y de gritos, se había exaltado hasta el punto de sentir hervir su sangre al saber que el yerno de Foulon, otro enemigo del pueblo, llegaba allí escoltado por quinientos hombres de caballería. El barrio de San Antonio, despues de escribir en respaldantes hojas de papel los crímenes del personaje que iba á llegar, fué á arrebatárselo á los quinientos guardias,—y se lo hubiera arrebatado á un ejército entero,—con objeto de ahorcarle en compañía de su suegro. Su cabeza y su corazón fueron colocados en la punta de una pica, y paseados por toda la ciudad como trofeos de victoria.

Quando los habitantes del arrabal volvieron al lado de sus hijos que lloraban y no tenían pan, era ya de noche. Las panaderías fueron tomadas por asalto: formóse cola á la puerta de todas ellas, y cada individuo esperó pacientemente su turno. Con el estómago vacío y el cuerpo desfallecido, abrazábanse unos á otros, felicitábanse mutuamente y entretenían el tiempo charlando como unos desesperados. Poco á poco aquellas largas hileras de gente andrajosa fueron menguando y acabaron por desaparecer; brillaron algunas mezquinas luces en los pisos superiores, estableciéronse en las calles algunas mal alimentadas hogueras, en que todo el mundo hizo sus preparativos de cocina, y se cenó á la puerta de las casas.

Aquellas mezquinas cenas, vírgenes de toda clase de carne, no tenían otra salsa que un poco de agua en la so-

pa. Pero una verdadera fraternidad daba al negro pan algo de succulento y despertaba una franca y comunicativa alegría. Los padres y las madres, que habian tomado una parte activa en los asesinatos, jugaban con sus hijos y los cubrian de besos; y en aquellos terribles lugares, enfrente de un porvenir semejante, los enamorados continuaban amando y esperando.

Poco antes de despuntar el dia, Mr. Defarge, viendo ya la taberna completamente libre de parroquianos, echó el cerrojo á la puerta y dijo á su mujer:

—¡Querida mia, por fin llegó la hora del triunfo!

—El triunfo comienza ahora, respondió la mujer del tabernero.

Todos los habitantes del arrabal de San Antonio, incluso Defarge y su entusiasta mitad, se entregaron al descanso; hasta la misma Venganza quedó sumergida en un profundo sueño, y el tambor descansó; era la única voz del barrio á quien la conmocion popular habia dejado toda su fuerza.

CAPÍTULO XXIII.

Las llamas se elevan.

Tambien se habia operado algun cambio en el pueblecillo en que murmuraba la fuente, y del cual salia diariamente el peon caminero para ir á sacar de la grava el poco pan que ligaba su alma ignorante á su empobrecido cuerpo. La prision construida sobre la roca parecia menos espantosa que en otros tiempos: habia algunos soldados para guardarla, pero muchos menos que antes; y entre los oficiales que guardaban á los soldados, no habia ni uno solo capaz de asegurar lo que harian los hombres puestos á sus órdenes en el caso de verse atacados; lo único que

podian decir es que no harian lo que se les mandase.

En el campo todo era ruina y desolacion. Las hojas, las yerbecillas y las espigas de cebada ó de centeno estaban marchitas y arrugadas como las gentes del pueblecillo. Las casas, los cercados, los animales domésticos, los hombres, las mujeres y los niños, hasta la tierra que soportaba tanta miseria, todo cuanto abarcaba la vista era pobre, lánguido y mezquino.

Monseñor, que personalmente considerado era á veces un hombre distinguido, sabia dar cierto aire caballeresco á los actos más sencillos, daba el ejemplo de una refinada delicadeza, de una vida espléndida y elegante y era útil para otra porcion de cosas por el estilo. Sin embargo, él era quien habia ocasionado aquella espantosa ruina. ¿No es extraño que la creacion, exclusivamente destinada á monseñor, se hubiese secado tan pronto bajo la presion que la torcia y la aplastaba? Fuerza era reconocer la poca prevision con que la naturaleza habia dispuesto todas aquellas cosas.

Sin embargo, las estrujadas venas no daban ya ni una sola gota de sangre, ya no habia nada que morder ni devorar; monseñor, cosa imprevista é inexplicable, habia desaparecido.

Pero no era nada de esto lo que constituia el cambio de que hablábamos hace poco, cambio que, dicho sea de paso, se notaba tambien en otros muchos pueblecillos. Hacia largo tiempo que monseñor habia sacado de sus dominios todo cuanto éstos podian dar, y rara vez los honraba con su presencia, á no ser que tuviera el capricho de dedicarse á los placeres de la caza, persiguiendo hombres ó acosando animales, cuya conservacion exigia la edificante reserva de considerables terrenos completamente estériles.

Lo que cambiaba el aspecto de aquella aldea era la aparicion de extrañas fisonomías, pertenecientes á la cla-

se baja, y no la desaparición de las facciones de noble estirpe impresas en el rostro de monseñor.

Nuestro peon caminero trabajaba en la carretera, en medio de un torbellino de polvo, y sin discurrir siquiera que él mismo era polvo y en polvo había de convertirse; pero pensando en lo escasa que era su cena y en lo mucho que sería capaz de comer si pudiese aumentarla convenientemente, alzó los ojos, abandonó un momento su solitario trabajo para contemplar el horizonte, y divisó á un viajero que se dirigía hácia él. Era uno de aquellos rudos personajes tan raros por allí en otro tiempo, y cuya presencia parecía ahora mucho más frecuente. El viajero se aproximó, y el peon caminero vió sin sorpresa que era un hombre de elevada estatura, de aspecto severo y casi feroz, color moreno, cabellos desgreñados, calzado con unos zuecos ordinarios áun á los ojos de un campesino, y cuyos harapos se hallaban cubiertos del polvo de los caminos, manchados con el cieno de los pantanos, erizados de espinas, de hojas y de musgo recogido en los bosques y entre las malezas.

Aquel hombre se dirigió como un espectro hácia el peon caminero, y se acercó á él cuando éste acababa de guarecerse en una de las cavidades practicadas á orilla del camino, con objeto de preservarse de la granizada que acababa de descargar repentinamente.

El forastero contempló al trabajador, examinó el pueblecillo, situado en el valle, y la torre, que dominaba la colina, y despues de haberlo escudriñado todo, tomó la palabra en un dialecto apenas inteligible.

—¿Qué tal va, Jacobo?

—No va mal, Jacobo, respondió el peon caminero.

—Venga acá esa mano.

Saludáronse afectuosamente, y el viajero se sentó al lado del campesino: el sol había llegado á la mitad de su carrera: debían ser próximamente las doce del día.

—¿Qué es eso? ¿No comes?

—No, ya comeré esta noche, dijo el labriego con toda la entonación de un hambriento.

—Sí, eso está ahora muy de moda, dijo con tono gruñón el viajero; en ninguna parte he encontrado gentes que coman.

Sacó del pecho una pipa ennegrecida, la cargó lentamente, echó lumbre con los avios de encender, y chupó hasta que la pipa ardió perfectamente; entónces, retirándola de sus lábios, echó en ella unos cuantos granos de pólvora, que se inflamaron de repente y produjeron una pequeña columna de blanquecino humo.

—¡Venga acá esa mano! dijo el campesino despues de concluida toda aquella operación.

—¿Esta noche, eh? preguntó despues de aquel fraternal saludo.

—Esta noche, respondió el forastero volviendo á colocarse la pipa en la boca.

—¿En dónde?

—Aquí.

Los dos Jacobos permanecieron silenciosos mientras duró la granizada; pero tan pronto como el cielo se serenó, el forastero continuó subiendo la colina y dijo al trabajador:

—Dime qué camino he de seguir.

—Llega hasta aquí, respondió el aldeano, y sigue en derechura toda la calle; al pasar cerca de la fuente...

—¡Déjame en paz! interrumpió el viajero contemplando la campiña: yo no entro en las calles y tengo costumbre de alejarme de las fuentes. ¿Y qué más?

—Tienes que andar unas dos leguas al otro lado de la montaña.

—Bieu. ¿A qué hora dejas tu trabajo?

—A la puesta del sol.

—¿Quieres despertarme ántes de marcharte? Ya hace

dos días con sus dos noches que camino sin trégua ni descanso. Déjame acabar mi pipa y dormiré como un chiquillo. ¿Te acordarás de despertarme?

—¡Vaya una pregunta!

El forastero acabó de fumar su pipa, volvió á guardarla en el pecho, quitóse sus enormes zuecos, tendióse sobre un montón de piedras y se quedó dormido inmediatamente.

Las nubes que acababan de dispersarse, dejaban aparecer brillantes líneas azuladas que se armonizaban perfectamente con los vivísimos colores del paisaje. Nuestro aldeano, que llevaba un gorro encarnado en vez de un gorro azul, había vuelto á continuar su trabajo, aunque con mucho ménos ardor, y parecía fascinado por el hombre que dormía sobre el montón de piedras. La tez morena, los cabellos negros y la espesa barba del forastero, su gorro encarnado, su extraña vestimenta, compuesta á partes iguales de groseros tegidos y de velludas pieles, su cuerpo vigoroso, enflaquecido por el ayuno, sus labios fuertemente comprimidos y su aspecto implacable hasta en medio del sueño, inspiraban al peon caminero cierto respeto mezclado de temor.

El viajero venía de muy léjos; tenía los piés destrozados y los tobillos desollados y llenos de sangre. Sus enormes zuecos, llenos de yerba, habían aumentado las dificultades de la marcha en un trayecto tan largo, y sus carnes tenían más llagas y heridas que agujeros y desgarrones sus vestidos.

El peon caminero trató de averiguar si llevaba algunas armas escondidas; pero se agachó inútilmente para mirar por debajo de la chaqueta del durmiente; éste tenía los brazos cruzados sobre el pecho y tan apretados como los labios. Las plazas fuertes, con sus trincheras, sus cuerpos de guardia, sus baluartes y sus puentes levadizos parecieron al aldeano muy poca cosa compara-

dos con semejante hombre, y cuando alzó los ojos para mirar á lo lejos creyó ver otros hombres, tan intrépidos como aquél, que se dirigían hácia todos los puntos de Francia, sin que ningún obstáculo lograra detenerlos.

El viajero, indiferente á las nubes que estallaban de cuando en cuando, indiferente al sol y á la sombra que pasaban sobre su rostro, é indiferente al granizo que caía sobre él trasformándose en diamantes tan pronto como la luz brillaba á través del celaje, continuó durmiendo hasta el momento en que el sol desapareció del horizonte.

El peon caminero, despues de recoger sus herramientas, le despertó con arreglo á lo convenido.

—Gracias, dijo el hombre apoyándose sobre un codo.

—¿Decías que es á dos leguas de aquí y al otro lado del valle?

—Con muy poca diferencia.

—Está bien.

El peon caminero, precedido del polvo que el viento empujaba delante de él, llegó al poco rato cerca de la fuente, y mezclándose con las vacas que habían acudido allí para beber, pareció confiarles su secreto al mismo tiempo que lo refería al pueblecillo.

Así que las gentes hubieron devorado su mezquina cena, en vez de meterse en la cama como de costumbre, reuniéronse en la calle y continuaron en ella. ¡Cosa extraña! La manía de hablarse en voz baja y al oído había llegado á ser contagiosa entre nuestros aldeanos, cuyas miradas se dirigían siempre hácia un mismo sitio. Mr. Gabelle, primera autoridad del lugar, comenzó á experimentar cierta inquietud; subió al tejado de su casa, miró hácia el mismo punto del cielo, y despues de fijar la vista en sus administrados, mandó decir al sacristán que guardaba las llaves de la iglesia, que no extrañase el que dentro de un momento le mandasen tocar á arrebato.

Aumentó la oscuridad, los árboles que rodeaban el

castillo y le separaban del resto del concejo se agitaron á los primeros impulsos de la tempestad y parecieron amenazar al edificio señorial, cuya negra masa se destacaba en la sombra. La lluvia comenzó luego con gran violencia, formó una especie de cascada en las dos escaleras de piedra, azotó los muros y golpeó las ventanas y las puertas como un rápido mensajero que viene á dar la señal de alarma. Terribles bocanadas de viento recorrieron la sala principal, á través de las pías y los cuchillos, subieron sollozando las escaleras y sacudieron las cortinas del lecho en que algun tiempo antes dormía el antiguo marqués.

A todo esto, desde los cuatro puntos del horizonte avanzaban intrépidamente cuatro hombres desgreñados, y aplastando la yerba bajo sus piés y haciendo crujir los arbustos que hallaban á su paso, se dirigian hácia el edificio. Aparecieron cuatro luces, deslizaronse por enmedio de las tinieblas y todo volvió á quedar sumido en la más profunda oscuridad; pero no por mucho tiempo: una línea de fuego se dibujó en la fachada y determinó perfectamente el sitio en que se hallaban colocadas las ventanas, los balcones y los arcos; aquella línea, cada vez más brillante, aumentó en intensidad, y la llama que estalló de pronto por todos los huecos del castillo dejó ver las espantadas y aterrorizadas cabezas de piedra.

Oyóse un grito terrible, lanzóse un hombre á las caballerizas, ensilló apresuradamente un caballo, excitóle con la voz y las espuelas, salvó el espacio á través de las tinieblas y se detuvo sudando y jadeante cerca de la fuente del pueblo: «¡Socorro, Gabelle, socorro!»

La campana comenzó á tocar á arrebato, pero todo el mundo permaneció sordo á aquel llamamiento. El peon caminero y sus doscientos cincuenta amigos se hallaban junto á la fuente y contemplaban la llama que iluminaba el cielo. «Debe tener, cuando ménos, unos cuarenta

piés de elevacion, como la horca de Jacobo.» decíanse unos á otros mientras miraban de reojo al individuo que pedía socorro; pero ninguno se movió de su sitio.

El ginete que habia salido del castillo y su caballo se alejaron, subieron á galope tendido la empinada cuesta y se dirigieron hácia la prision. A la puerta de la cárcel habia un grupo de oficiales que contemplaban el incendio; á cierta distancia de ellos veíase un grupo de soldados: «¡Socorro, señores oficiales, socorro, que se quema el castillo! Si nos ayudase alguien podríamos salvar las cosas de más valor.» Los oficiales contemplaron á los soldados mientras éstos contemplaban el incendio, pero no dieron ninguna orden, y contestaron, encogiéndose de hombros y mordiéndose los labios: «¡Qué quereis! no hay más remedio que dejarlo arder!» Cuando el ginete y su montura regresaron nuevamente al pueblo, todo el mundo preparaba una gran iluminacion. El peon caminero y sus doscientos cincuenta amigos, inspirados como un solo hombre, habian entrado precipitadamente en sus pobres tugurios y colocaban velas encendidas hasta en los más insignificantes ventanillos. La miseria en que se hallaban habia obligado á los vecinos á proveerse de alumbrado en la casa del desdichado Gabelle; y como éste parecia oponer alguna resistencia, el peon caminero, antes tan humilde con la autoridad, habia hecho notar á sus conciudadanos que los coches podian servir para hacer magnificas luminarias y que los caballos de posta podrian ser asados en ellas á las mil maravillas.

El castillo, completamente abandonado, continuó ardiendo. El viento enrojecido que soplabá de aquella region infernal parecia dispersar los restos del castillo, y al vacilante resplandor de las llamas que las rodeaban, las cabezas de piedra parecian quejarse de aquel horrible suplicio. Un lienzo de pared se desplomó con gran estrépito; la cabeza cuya fruncida nariz le daba tan terrible

aspecto se oscureció de repente, salió de la nube que la envolvía, luchó nuevamente con las llamas y pareció representar el rostro cruel del marqués en el momento de espirar en la hoguera.

Los árboles próximos al castillo, achicharrados por el fuego, chisporrotearon y se reforcieron; los que se hallaban á mayor distancia, incendiados por los hombres de siniestro aspecto que habian acudido de los cuatro puntos del horizonte, rodearon la fortaleza con un cerco de fuego. El hierro y el plomo derretidos hervían confusamente en aquel espectáculo de mármol; el agua desaparecía ante las llamas; los tejados de las torrecillas se fundían como la nieve bajo la acción de un sol abrasador, y corrían, formando varios arroyos, hasta el fondo de las torres, trasformadas en pozos de fuego. Abriáanse profundas grietas en las paredes maestras, propagándose en todas direcciones como una brillante arborización; y en tanto que las aves, fascinadas, revoloteaban en torno del abismo y caían al fondo de aquel inmenso hornillo, cuatro individuos de siniestro aspecto, alumbrados por la luz del incendio, se dirigían hácia los cuatro puntos del horizonte con objeto de continuar su devastadora tarea.

El pueblecillo, perfectamente iluminado, se habia apoderado de la campana y reemplazado el toque de arrebato por un alegre repiqueteo. Luego, con el estómago vacío y la cabeza exaltada por el ruido y las llamas, recordó que Mr. Gabelle tenia estrechas relaciones con la cobranza de los impuestos, mostróse impaciente por tener con él una séria entrevista y reclamó á grandes gritos la presencia del desdichado recaudador de contribuciones. Pero Mr. Gabelle se refugió de nuevo en el tejado de su casa, y oculto detrás de un grupo de chimeneas, decidió, á fuer de hombre dado á la venganza, que si los amotinados llegaban á echar la puerta abajo, se arrojaría de

cabeza sobre la multitud para tener la satisfacción de aplastar uno ó dos hombres.

Es de creer que al pobre Gabelle se le hiciese muy larga la noche viendo la inmensa luminaria del castillo, oyendo el espantoso ruido que se hacia á la puerta de su casa, y devorando la inquietud que le inspiraba la linterna suspendida enfrente de sus ventanas hasta tanto que él fuese á ocupar su lugar. Terrible prueba es la de pasar toda una noche al borde de un abismo, sin otro consuelo que el de arrojarle á él, segun la firme resolución de Mr. Gabelle. Pero la luz bendita del día acabó por enviar sus resplandores; apagóse la iluminación del pueblecillo por falta de combustible, los sitiadores se dispersaron y el infeliz recaudador pudo bajar de su atalaya con la vida ilesa.

Aquella noche, y otras muchas más, hubo á la luz de los incendios gran número de funcionarios que, ménos afortunados que Gabelle, se balanceaban al despuntar el día en las mismas calles que habitaban desde que vinieron al mundo. Hubo también aldeanos y campesinos que, ménos afortunados que nuestro peon caminero y sus amigos, fueron dispersados por los soldados y ahorcados inmediatamente. Pero los hombres que se dirigían hácia los cuatro puntos del horizonte proseguían intrépidamente su marcha, y fuera el que quisiera el número y la clase de los ahorcados, el fuego devoraba por la noche los castillos. Ningun funcionario era capaz de calcular lo que hubiera sido necesario añadir á la erección de las horcas para convertirlas en fecundas corrientes que pudiesen detener el incendio.